



EDITORIAL

Para detener a los torturadores

Por fin está atrayendo la atención y despertando la conciencia del mundo el fenómeno de la violación continua y sistemática a la que son sometidos las mujeres y los niños migrantes: durante su peligroso viaje por África; en los campos donde esperan; durante sus terribles trayectos por mar en precarias embarcaciones; y, en muchas ocasiones, en los lugares que deberían ofrecerles acogida y protección y donde, en realidad, estas mujeres son convertidas en esclavas obligadas a prostituirse.

Sin embargo, la atención aún no es suficiente y, por tanto, todavía no se han implementado medidas ni jurídicas ni sanitarias para hacer frente a la situación. Ante un fenómeno de tal magnitud y gravedad, se hace necesario, sobre todo, desarrollar instrumentos judícos que tengan en cuenta su naturaleza estructural y permitan detenerlo y castigarlo a gran escala. Son muchos los documentos legales internacionales recientes sobre estas situaciones, que se enmarcan entre la violación y la tortura y entre la violación y los delitos contra la humanidad. Son iniciativas que merecen ser retomadas y consideradas en profundidad. Equiparar jurídicamente la violación sistemática contra las mujeres (y los niños) migrantes a la tortura permitiría afrontar el problema a nivel internacional, y no solo nacional, con la posibilidad de llevar a cabo grandes intervenciones y, en consecuencia, desarrollar protocolos de recuperación adecuados para las víctimas. Se trata fundamentalmente de subrayar la naturaleza delictiva de esta clase de violación, muchas veces vista como un acto del que la víctima, y no el agresor, se debe avergonzar, por lo que el crimen es silenciado y, ni siquiera, denunciado.

Hemos hablado en este número con dos abogados y un médico legal y criminólogo clínico. María Stella D'Andrea es experta en la asistencia médica a las mujeres víctimas de esta terrible violencia. Hemos recopilado testimonios inspiradores y valientes de dos mujeres africanas, ambas víctimas de la violencia sexual, que ahora viven acogidas en un centro bajo protección. La compasión y la empatía no son suficientes. Hace falta detener a estos torturadores y encontrar los instrumentos jurídicos adecuados para hacerlo de la forma más rápida y eficaz. Ese será el primer paso. (Anna Foa)

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual
dirigido por LUCETTA SCARAFFIA

En redacción

GUILIA GALEOTTI
SILVINA PÉREZ

Consejo de redacción

CATHERINE AUBIN
MARIELLA BALDUZZI
ELENA BUIA RUTT
ANNA FOA

RITA MBOSHU KONGO
MARGHERITA PELAJA

Esta edición especial
en castellano
(traducción de Rocío LANCHO)
se distribuye de forma conjunta
con VIDA NUEVA y no se
venderá por separado

www.osservatoreromano.va



Las últimas del mundo: Blessing y Fátima

Migrantes africanas obligadas a prostituirse, estas dos jóvenes hoy pueden comenzar a soñar con un futuro de esperanza en un centro de acogida

ENTREVISTAS DE FRANCESCA MANNOCCHI

Blessing y Fátima son dos mujeres especiales. Blessing y Fátima son dos mujeres como muchas otras. Invisibles a los ojos de la mayoría, son dos mujeres entre las últimas del mundo. Huyeron de la guerra, del hambre y de la pobreza, y por buscar un poco de paz, se toparon, en cambio, con violencia, abusos y unas heridas incurables. Blessing y Fátima son como dos fantasmas para nosotros occidentales. Son números; un número más entre los inmigrantes que llegan; un número más de los inmigrantes estancados en la frontera de Níger, Nigeria, Sudán o Libia.

Un número más entre las mujeres obligadas a prostituirse y a abandonar a sus hijos para tratar de darles un futuro mejor trabajando lejos de casa.

Blessing y Fátima son números. Sin embargo, estas mujeres tienen en sí mismas toda la fuerza del mundo. La fuerza que les da ser hijas, ser madres, ser esposas... Mujeres.

Mujeres que han tenido el valor de afrontar y superar la violencia más atroz para alcanzar una vida digna y mejor.

Blessing y Fátima hoy viven en dos centros de acogida bajo protección. Tratan de superar los traumas provocados por la violencia y la pérdida. Intentan

superar el dolor. Mirar a los ojos a estas mujeres jóvenes me ha recordado de nuevo la importancia de contar sus vidas y sus historias, tanto con las palabras como con sus miradas. Así convertiremos los números en vidas. Daremos a los números dignidad.

Porque muchas veces, demasiadas, la violencia que sufren estas mujeres comienza en sus países de origen y se perpetúa también aquí, en Europa. En las calles en las que se prostituyen y se convierten en objeto de deseo de sus clientes europeos, no menos culpables que quienes las esclavizan en su tierra.



Blessing

Blessing tiene 17 años. Nació en el año 2000 en Benin City, en Nigeria. Hoy, tras haber pasado por demasiados infiernos para su juventud, Blessing vive protegida en una casa de acogida en el centro de Italia. Se trata de una institución para menores víctimas de la explotación sexual. La joven ha atravesado el infierno del dolor, del hambre y del miedo a morir. También el infierno de la violencia sexual y de la prostitución.

Hoy en día tiene una cama donde dormir en una habitación que comparte con otra joven, -también nigeriana y víctima de la trata-, en un lugar seguro. Allí fue nuestro encuentro una tarde de verano.

Se ha teñido el pelo de rosa y lo lleva recogido en dos largas trenzas. Mira hacia abajo, como si la vergüenza de haber sido una víctima sexual no la hubiera abandonado aún. Le tiemblan las manos cuando recuerda el tiempo en que sufría los abusos.

“Nací en Benin City, -cuenta Blessing-, en un pequeño pueblo del campo y soy la última de ocho hermanos. Cuando nací mi padre ya estaba inválido y mi madre, muy pobre, tenía que cuidarnos sola a todos. Tres de mis hermanos y yo, desde niños, pasábamos los días en la calle. Vendíamos verduras de nuestro huerto y un poco de agua y, cuando no teníamos nada, pedíamos limosna. Yo nunca he ido a la escuela. He aprendido a leer y a escribir unas pocas palabras aquí en Italia”.

En el 2015, cuando Blessing contaba con solo 15 años, una vecina que le solía comprar agua y verduras, visitó a su madre para decírla que Blessing debería viajar a Europa. Su madre no quería porque había oído las

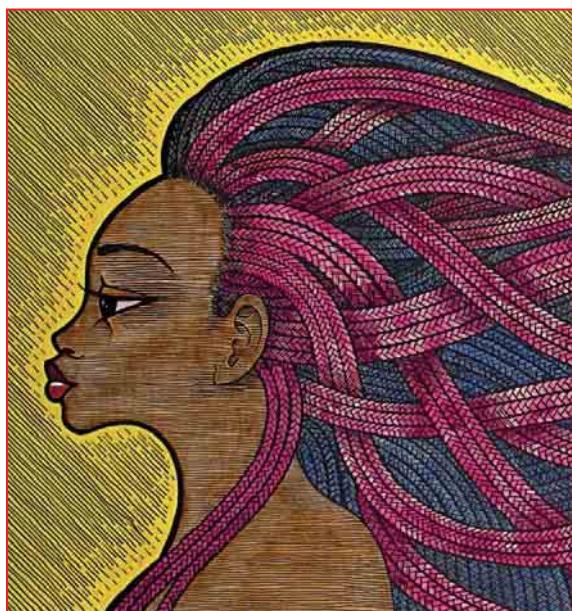
historias de los muertos en el desierto. Pero aquella mujer resultó tan convincente que la madre de Blessing, finalmente, aprobó el viaje de la joven.

“Esta mujer dijo que había mucho trabajo, que trabajaría en una peluquería en Italia y que no tendría que pagar nada por el viaje porque me acompañaría un amigo suyo para protegerme, desde Nigeria hasta Libia. Decía que solo tendría que seguir sus indicaciones y así todo iría bien”.

El día antes del viaje, la mujer llevó a Blessing a una choza en un pueblo vecino al suyo para reunirse con un baba-loa. El hombre le practicó un rito vudú, evocando a divinidades ancestrales, un rito que habría sellado la bondad del pacto contraido con la joven.

“Tomaron un poco de mi pelo y vello púbico. Me hicieron también un corte en un dedo para tener mi sangre, -explica Blessing-, y después me dijeron que, si no respetaba el pacto, moriría y también morirían todos los miembros de mi familia. Entonces es cuando descubrí que debía pagar por mi viaje a Italia, pero ninguno me dijo a qué cantidad ascendía lo que debía. Lo único que recuerdo de aquella noche es el miedo y que no quería irme, pero no tenía el valor de decírselo a mi madre porque sabía que el dinero que podría ganar le ayudaría a alimentar a la familia”.

Blessing partió la noche siguiente con un hombre y otras seis chicas. El hombre era el “connection man”, una pieza fundamental en las mafias y en el negocio de la trata de mujeres destinadas a ser prostitutas. Es quien se



ocupa de llevar a las jóvenes hasta Libia y, a veces, hasta Italia. Las chicas pasaron primero por Kano y después por Sokoto en la frontera con Niger. Allí recibieron pasaportes falsos de manos de un grupo de traficantes que se habían puesto de acuerdo con el “connection man”. En los documentos falsificados todas las jóvenes figuraban como mayores de edad.

“El viaje por el desierto fue terrible. Yo he nacido en la pobreza pero nunca había sufrido así la sed, una

66

Se ha teñido el pelo de rosa y lo lleva recogido en dos largas trenzas. Mira hacia abajo, como si la vergüenza de haber sido una víctima sexual no la hubiera abandonado aún.

99

La 'madam' me dijo que me tendría que prostituir hasta pagar la deuda que ascendía a 45.000 euros.
Llegué a Asti un viernes por la tarde y el sábado ya estaba en la calle, debajo de un puente

sed tal que tenía miedo de morir. Viajamos durante seis días por el desierto. Dos de las chicas se quejaron porque estaban mal y pidieron ayuda al hombre que nos acompañaba. Desde entonces se volvió agresivo y violento con nosotras”.

Una vez que las chicas llegaron a Libia, fueron enviadas a diferentes lugares. A Blessing y a otras dos jóvenes de Benin City se las llevaron a una casa en Trípoli. Desde aquella noche, Blessing pasó allí encerrada los siguientes cinco meses.

“Cuando entré en la casa estaba sucia y tenía un olor horrible. Era una mezcla de olor corporal, suciedad y enfermedad. No sabía donde estaba. Pedí explicaciones y le dije al hombre que nos acompañaba que me quería ir, que quería ir a Italia o volver a mi casa. Entonces, él me dijo: “Estarás aquí por un tiempo. Así aprenderás a trabajar”.”

El trabajo que Blessing tenía que aprender era el de vender su propio cuerpo.

Y esa casa no era la casa que tendría que haberla acogido en Libia hasta que hubiera podido partir en una barcaza o un barco, sino que era una “connection house”, una etapa intermedia del tráfico de mujeres; una etapa en la que sufren la primera violencia, los primeros abusos y las primeras torturas en sus jóvenes cuerpos.

“Una mujer, la primera “madam” se me presentó y me dijo que, desde aquel momento, permanecería allí con otras chicas y que tendría relaciones con hombres. Todos los días”.

Blessing perdió su inocencia, su infancia, su virginidad y sus sueños en un sucio colchón de una “connection house” en Trípoli, amenazada por una mujer libia, golpeada por el “connection man”, mientras esperaba tan solo llegar a Italia para buscar un trabajo y poder enviar un puñado de dólares al mes a su familia.

“Había días en que la “madam” hacía entrar a uno o dos hombres y otros en los que recibía a grupos enteros. Incluso cinco y seis hombres a la vez. Cuando llegaban, me encontraban en un colchón en el suelo, me violaban y, cuando se iban, yo me quedaba en ese colchón sucio llorando durante horas. Pensaba en mi madre, pensaba

en las otras chicas, las oía llorar. Sabía que, aunque hubiera podido hablar con mi madre, no le podría haber contado nada porque habría sufrido demasiado”.

Tras cinco meses de violencia y abusos, un hombre avisó a Blessing de que había llegado el momento de irse, durante la noche, a bordo de una barcaza situada en una de las playas libias.

Blessing ya no lloraba. Había perdido sus sueños y su pureza. Le quedaba solo la esperanza de sufrir menos en Italia.

“Recuerdo el negro mar, recuerdo que pensaba que moriría, -explica la joven sosteniendo un pañuelo entre sus manos-, pero, en realidad, estaba ya muerta por lo que nada me asustaba”.

El hombre, que le entregó un papel con un número de teléfono, le dijo que tenía que decir que era mayor de edad para evitar ser enviada a un centro. Tenía que llamar cuanto antes al número. Tras ser rescatada por un barco en el Mediterráneo, -hace ocho meses-, Blessing llamó al número al que respondió un joven nigeriano que la llevó de Sicilia a Asti, donde cayó en manos de una segunda “madam”. Continuó siendo explotada, esta vez, en una calle italiana.

“La “madam” me dijo que me tendría que prostituir hasta pagar la deuda que ascendía a 45.000 euros. Que tendría que pagar al menos 800 o 1000 euros a la semana sin rebelarme y que, además, tendría que pagar el alquiler de la cama y la comida que me daban. Recuerdo que llegué a Asti un viernes por la tarde y el sábado ya estaba en la calle, debajo de un puente. Llevaba unos pantalones cortos y un sujetador y estaba muy avergonzada”.

Blessing no sabía una sola palabra de italiano. Lo único que conocía era lo relacionado con términos sexuales, para así satisfacer las demandas de los clientes, y también sabía contar el dinero. La “madam” le enseñó todas aquellas palabras.

Blessing pasó en aquella calle cuatro meses, trabajando a diario, en ocasiones con cuatro y cinco clientes al día. Todo con tal de no ser maltratada por la “madam”.

Hoy, tras haber sido rescatada por un grupo, vive en una comunidad protegida pero todavía siente vergüenza

Los números de la vergüenza

Cada vez más migrantes llegan a Italia. No son solo refugiados, son víctimas de la explotación destinadas al mercado sexual. En los últimos años, el aumento de las llegadas de mujeres y menores no acompañados ha sido espectacular: 11.009 y 3.040 en 2016 frente a las 5.000 mujeres y 900 menores no acompañados que llegaron en 2015. Según la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), solo en los últimos 3 años el número ha crecido un 600

por cien. La casi totalidad de las mujeres, -en ocasiones jóvenes y menores entre los 13 y los 24 años (en 2016 se registró una disminución de la edad de las víctimas de la trata)- es objeto de violencia y abusos ya durante el mismo viaje. El 80 por ciento de las jóvenes que llegan de Nigeria denuncia abusos y su número ha pasado de 1.500 en 2014 a más de 11.000 en 2016. Los datos recogidos por la OIM en los lugares de llegada y en los centros de acogida para migrantes son

sorprendentes. Entre los primeros quince países de origen de las personas que han intentado llegar por mar a Italia, no está Siria. En el 2016 la nacionalidad que ocupa el primer puesto en número de llegadas por mar hasta Italia ha sido Nigeria (casi el doble del año anterior), no solo del estado de Edo (una zona muy pobre) sino desde varias regiones del país (Delta, Lagos, Ogun, Anambra, Imo). A continuación en la lista van Eritrea, Guinea y Costa de Marfil.



cuando llama a su madre en Nigeria a la que esconde la verdad. Le explica que aún no le puede enviar dinero pero un día podrá.

Fátima

Fátima nació en Eritrea hace 26 años. Conoció a su marido cuando eran niños. Eran muy pobres. Su marido se vio forzado a enrolarse en el ejército sufriendo la violencia en sus carnes, forzado a asesinar o a vivir con el miedo de ser asesinado.

Fátima también hizo el servicio militar. Incluso, hasta que nació su hijo, estuvo a disposición del ejército. Aunque, sobre el papel, el servicio militar dura un año y medio, hombres y mujeres permanecen enrolados de por vida, muchas veces gratis o por muy poco dinero al día.

Cuando el hijo tenía cuatro años, Fátima y su marido decidieron huir, arriesgando sus vidas, para buscar un futuro mejor. Con mucho sufrimiento y, contra la voluntad de todos, dejaron a su hijo con los padres de Fátima y pagaron a los traficantes para ir a Sudán, Libia y después a Italia por mar.

“Mi madre no quería, –dice Fátima–, pero mi marido y yo deseábamos un futuro mejor para todos. Por eso, pese a la opinión contraria de toda la familia, decidimos arriesgarnos y partir”.

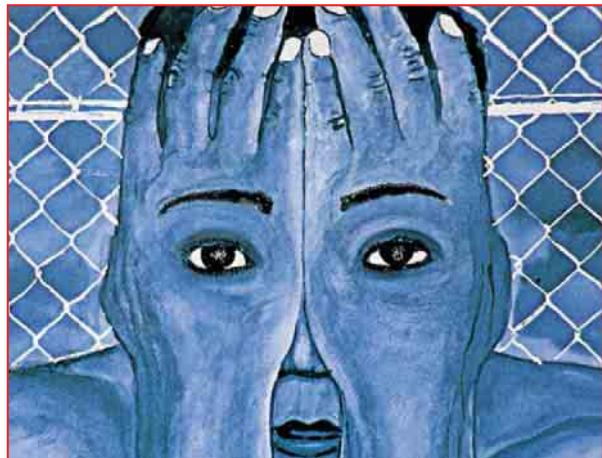
Hoy Fátima vive en un centro de acogida en el norte de Italia. Está sola porque su hijo sigue en Eritrea y su marido desapareció en el viaje que les conducía a Italia. “Estuvimos en manos de varios grupos de traficantes. El primero nos tenía que hacer pasar por Sudán, el segundo, llegar a las costas libias. Empleamos diez días, días de hambre, de dificultades y de lágrimas de todas las personas que estaban con nosotros. Un día que no podía más y no teníamos agua, tuve que beberme mi propia orina. Las mujeres no tenían nada que dar ni de comer ni de beber a los niños que gritaban desesperados”.

Fátima lo perdió todo en Libia.

Cuando el grupo de eritreos con el que viajaba llegó a Beni Walid para ser conducido a la parte occidental, a Sabratha, –punto clave en el tráfico de seres humanos y tristemente conocido por el número de salidas y de cadáveres en sus playas–, las mujeres fueron separadas de los hombres y llevadas a un cobertizo donde las clasificaron. Fátima tembla cuando recuerda esa noche, la noche en que sus esperanzas murieron, en que su cuerpo fue violado y la noche en que perdió a su marido.

Un grupo de hombres libios, traficantes, eligió a cinco mujeres para llevarlas a una habitación contigua. Fátima era una de estas mujeres. Cuando su marido comprendió lo que iba a pasar comenzó a gritar y se abalanzó hacia los traficantes con las pocas fuerzas que tenía. Gritaba para que no tocasen a su mujer a la que quería salvar. Gritaba su nombre: Fátima. Uno de los traficantes sacó entonces su pistola y lo mató a sangre fría delante de su esposa y de un grupo de eritreos.

Fátima es una mujer joven de complejión delgada. Sus labios intentan sonreír pero el dolor es demasiado fuerte. Los recuerdos son muy duros.



“Cuando me arrastraron no tenía ni si quiera fuerzas para gritar. Pensaba en el cuerpo cubierto de sangre de mi marido tirado en el suelo, como un animal. Me violaron entre cinco durante toda una noche. Y no solo a mí, también al menos a otras dos mujeres a las que oía gritar en la habitación de al lado. Recuerdo solo el cuerpo de mi marido en el suelo y despertarme a la mañana siguiente. En esas horas mi vida había acabado”.

La mañana después los traficantes que la violaron ya no estaban allí. Llegaron otros hombres que condujeron a todo el grupo hasta Sabratha. Fátima estaba en estado de shock. No caminaba ni hablaba. Solo repetía el nombre de su marido cuyo cuerpo ya no estaba allí. Se deshicieron de él no se sabe dónde.

Las demás mujeres que sobrevivieron a aquella noche infernal sostenían sus manos temblorosas y la susurraban palabras de consuelo al oído para convencerla de que se marchase de allí, porque Fátima no quería. Quería buscar el cuerpo de su marido para poder llorar su muerte.

“Me metieron a la fuerza en un camión directo a Sabratha. Estaba desesperada. Solo recuerdo los gritos. Después me dormí y me desperté otra casa, cerca al mar, otro cobertizo, en la ciudad donde subimos a la barcaza”.

Fátima pasó un mes en este otro lugar. Cuatro semanas de dificultades. No había comida para todas por lo que las mujeres se pegaban entre ellas con tal de conseguir un poco de pan rancio para sus hijos.

Cada día había más personas hacinadas allí.

Tras una semana Fátima entendió que tendría que esperar en aquella sucia habitación hasta que los traficantes consiguieran reunir un grupo grande como para que llevárselo les resultara rentable. Un mes después, cuando en ese cobertizo había más de 400 personas, los despertaron a todos y los condujeron a la playa.

“No se me olvidará jamás el olor de ese sitio. No olvidaré jamás cómo nos convirtieron en animales. Cuando aparecía por entre las rejas la mano de uno de los traficantes con la comida o el agua, no éramos personas. Éramos menos que animales. Éramos carne humana que no servía para otra cosa que parar pagar el precio del viaje a Italia. Cada uno de nosotros se había convertido en el peor enemigo del que tenía a su lado solo por conseguir un trozo de pan o un poco de agua. A los hombres les golpeaban. A las mujeres nos violaban”.

66

*Éramos
menos que
animales.
Cada uno
de nosotros
se había
convertido
en el peor
enemigo del
que tenía a su
lado solo por
conseguir un
trozo de pan
o un poco de
agua.*

Urge establecer un marco jurídico universal para la violencia contra las mujeres que permita a cualquier estado castigar al culpable

Basta de impunidad

DE NICOLA CANESTRINI Y GIUSEPPE SAMBATARO

El dato que revela el reciente informe de UNICEF, elaborado a partir de una serie de entrevistas a mujeres inmigrantes, es alarmante: Del total de las entrevistadas, aproximadamente la mitad ha sufrido abusos sexuales durante el viaje, muchas en más de una ocasión y en lugares diferentes. La información no debería sorprender si se piensa en las innumerables situaciones de riesgo a las que estas personas se ven expuestas una vez entran en el circuito de la migración. Tal y como confirman varios informes de organismos internacionales, -véanse además del citado, el del Parlamento Europeo y el de Amnistía Internacional-, la violencia sexual se produce tanto en el país de tránsito como en el de destino, en los mismos centros de acogida.

Un elemento dramáticamente recurrente de los relatos de los solicitantes de asilo es lo que sucede en Libia. Aquí los migrantes, en gran parte provenientes del África subsahariana, son retenidos en auténticos campos de prisioneros en espera de atravesar el Mediterráneo, muchas veces porque no son capaces de pagar la travesía. En estos centros privados, gestionados por traficantes, son sometidos a todo tipo de torturas y maltratos.

Las niñas, jóvenes, mujeres son violadas bajo amenazas de muerte. Son atacadas en grupo incluso estando

embarazadas. Conociendo la gravedad de los hechos, un primer problema es la impunidad de estos criminales. Visto el número de países interesados y la necesidad de tutelar internacionalmente a las víctimas, la primera referencia debe ser el derecho internacional.

El camino debe ser establecer una “jurisdicción universal” para la violencia contra las mujeres, un principio válido para los crímenes contra la humanidad que permita a cualquier estado castigar al responsable sin importar dónde se haya cometido el delito y de qué nacionalidades sean tanto la víctima como el verdugo. Se derogaría así el tradicional principio de territorialidad.

Pese a la gravedad de este tipo de crímenes cometidos no solo contra la libertad sexual sino también contra la dignidad humana, pese a que sea evidente cómo, en contextos de gran inestabilidad sociopolítica, las mujeres son siempre sujeto de especial vulnerabilidad, el camino que ha llevado a la introducción de instrumentos jurídicos de tutela no ha sido precisamente ágil.

Basta pensar en los procesos posteriores a la II Guerra Mundial y en cómo no se hizo ninguna mención relevante a la violencia sexual cometida durante la guerra. Incluso en las cuatro Convenciones de Ginebra de 1949, que introdujeron un cuerpo de normas mínimas a respetar en caso de conflicto armado, el así llamado “derecho

humanitario”, las referencias explícitas a este tipo de crímenes han sido inexistentes.

Solo a raíz de los muchos abusos denunciados durante el conflicto de la antigua Yugoslavia fue cuando la violación atrajo la atención de las autoridades internacionales que previeron incluir este delito en el estatuto del Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia (ICTY, 1993) definiéndolo como crimen contra la humanidad junto a la tortura y el exterminio.

Análogamente, en 1998, el Tribunal Penal Internacional para Ruanda (ICTR, 1994) en el caso “Akayesu” reconocía que la violación y otras formas de violencia sexual fueron usadas en el conflicto como instrumento para cometer un auténtico genocidio. En la misma sentencia se recogía que este tipo de abusos, tanto los perpetrados de forma esporádica como los perpetrados de forma sistemática contra civiles, constituyan, a todos los efectos, crímenes contra la humanidad.

En este pronunciamiento por tanto se identifica con claridad la violación como forma de tortura.

“Como la tortura”, se lee en la sentencia, “la violación se usa para propósitos como la amenaza, la degradación, la humillación, la discriminación, el castigo, el control o la destrucción de una persona. Al igual que la tortura, la violación es una violación de la dignidad personal”.

En definitiva, el estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional, en vigor desde 2002, incluye la violación, la esclavitud sexual, la prostitución forzada y “cualquier otra forma de violencia sexual de análoga gravedad” entre los crímenes contra la humanidad solo si se han cometido de forma masiva o sistemática. Este tribunal dictó en marzo de 2016 su primera condena por sexual and gender-based crimes contra el ex vicepresidente de la República Democrática del Congo, Jean-Pierre Bemba Gombo, por las violaciones cometidas por las tropas que dirigía durante el conflicto que desgarró el país en 2002.

En el ámbito europeo es necesario mencionar la sentencia “Aydin c. Turquía (1997)” de la Corte Europea de Derechos Humanos. En esta sentencia, se remite a la violación del artículo 3 de la Convención Europea de los Derechos del Hombre, que prevé la prohibición total de la tortura y otros tratos inhumanos y degradantes.

En este caso un grupo de policías turcos atacaron a una menor y se equiparó la agresión a la tortura, en lugar de al trato inhumano o degradante, considerando el especial estado de vulnerabilidad de la víctima y la posición de poder de los agresores. “La violación”, se lee en la sentencia, “acto de por sí especialmente cruel, que ataca la integridad física y moral de la víctima, resulta en estas circunstancias agravado porque está cometido por personas dotadas de autoridad en detrimento de una persona más vulnerable”, reconociendo además que “la violación deja consecuencias psíquicas no comparables a otras formas de violencia física o mental”.

Si este ha sido el recorrido de los tribunales internacionales, cabe señalar que se ha prestado mayor atención a la violencia de género en el derecho convencional. Por citar un ejemplo, la Convención de Estambul, firmada en el Consejo de Europa y suscrita por Italia en 2012. Introduce un estándar de tutela mínimo definiendo las diferentes tipologías de conductas lesivas e introduciendo

para los estados la obligación de tipificarlas en sus propios ordenamientos internos. Sin embargo, instrumentos de este tipo son de naturaleza acordada y restauran la discrecionalidad de cada estado miembro para elegir la modalidad con la que castigar las violaciones por lo que se suelen reducir a meros compromisos.

Para extraer conclusiones, se puede hablar de un lento pero inexorable aumento de la atención sobre la temática de la violencia de género por parte del ordenamiento internacional. La esperanza es que esta tendencia continúe para hacer más fácil la introducción y la aplicación de los instrumentos jurídicos necesarios para castigar estos crímenes en contextos jurídicamente espinosos, como el migratorio. Es intolerable el silencio de la comunidad internacional, puesto de relieve por muchos (por investigaciones periodísticas, informes detallados de organizaciones humanitarias, denuncias de las víctimas). Recordando a Martin Luther King asusta no solo la maldad de los malvados sino también el silencio de los honestos.

Esto con respecto al castigo de quienes cometen los crímenes, pero tampoco debe olvidarse el destino de quien sufre esta violencia. Será necesaria también una actuación en el sistema de acogida. Fundamentalmente sobre una preparación adecuada de los actores involucrados en las fases inmediatamente siguientes a la llegada al país de destino. Como apunta un artículo de Open Migration, en muchas ocasiones las víctimas de violencia sexual no son reconocidas como tal.

Esto sucede, por ejemplo, por una inadecuada preparación en este campo de quienes forman las comisiones territoriales que examinan las solicitudes de asilo. Las entrevistas deberían desarrollarse con toda la cautela que requieren este tipo de traumas. Se ha de considerar además que las mismas víctimas son en muchos casos reticentes a contar lo que les ha sucedido, por vergüenza o por miedo de perder el trabajo prometido antes de partir. En algunas solicitudes incluso ha salido a la luz cómo muchas de estas mujeres víctimas de la trata, antes de partir, sufrieron rituales de vudú que las unieron a sus agresores y con los que fueron amenazadas con maldiciones para sus familias en el caso de que no obedecieran. En ocasiones, el problema es de procedimiento y el inmigrante no llega si quiera a solicitar asilo debido a la pre-identificación que se efectúa inmediatamente después del desembarco. Esta fase se lleva a cabo con tanta prisa que los entrevistados, bajo estado de shock, por lo general no responden correctamente a las preguntas lo que les conduce al listado de expulsados.

El sistema de acogida debería ser revisado a fondo para llegar a una legalidad eficiente y humanitaria, para evitar soluciones simples e ineficaces como las devoluciones automáticas de las víctimas que terminan en las manos de quienes huían, encontrándose así en una tierra de nadie lejos de su país de origen. En definitiva, crear canales de acceso legales en lugar de dejar el fenómeno en manos de los criminales. Esto debe producirse al tiempo que una acción cultural, que promueva unas medidas oportunas contra la xenofobia, la discriminación y la marginación de los inmigrantes y refugiados, tanto en los países de tránsito como en los de destino.

66

La violación se usa para propósitos como la amenaza, degradación, humillación, discriminación, el castigo, el control o la destrucción de una persona. Al igual que la tortura, la violación es una violación de la dignidad personal

99



Huellas imborrables de la tortura

DE MARIA STELLA D'ANDREA

Afrontar hoy en día una reflexión sobre las mujeres víctimas de la tortura y la violación significa, inevitablemente, estar listos para escuchar lo inenarrable, para compartir el abismo de la deshumanización que estos gestos violentos han provocado en el corazón de las víctimas y para hablar de un sufrimiento inabarcable.

Como médico legal y criminóloga clínica, siempre me he ocupado de las víctimas de la violencia, sobre todo, de mujeres y de menores. Con el paso de los años, a través del crecimiento del fenómeno migratorio, mi trabajo se ha transformado en atender también a las mujeres inmigrantes que muestran en su cuerpo, en su mente pero, sobre todo, en su corazón, las heridas de las torturas y de la violación.

¿Quiénes son estas mujeres extranjeras torturadas y violadas? Son seres humanos que, de acuerdo a la voluntad de otros, han perdido la esencia más humana, el tesoro más precioso: Su propia humanidad. Han sido “un trozo de carne” sobre el que ejercer con violencia una estrategia del terror, del dominio y de la fuerza.

Son despojos de sexo robado de forma perversa con el objetivo de ser convertidas en objeto de humillación sobre el que provocar dolor y daño. Arrastran un cuerpo

destrozado por el dolor y una mente rota en mil pedazos. Son mujeres asustadas a quienes se les ha robado la feminidad y la esperanza.

Tratar la tortura y la violación, ocupándose además de las mujeres que la sufren, significa poner en práctica lo que la ONU reconoció hace tiempo. El 23 de septiembre de 1998 el Tribunal Penal Internacional para Ruanda (supervisado por la ONU) equiparó la violencia sexual a los crímenes de guerra. Con la resolución 1820 del 19 de junio de 2008, la ONU incorporó la violación a la lista de armas de guerra usadas por los gobiernos o las milicias durante los conflictos para torturar, humillar, asustar, degradar y destruir. El protocolo de Estambul, promovido por Naciones Unidas en 2008, estableció que la violación es una forma de tortura que deja huellas imborrables en la mente de una persona.

Con esta conciencia veo entrar en mi ambulatorio mujeres inmigrantes, víctimas de un pensamiento perverso que hunde sus raíces en la acción inhumana de la tortura (física o de carácter sexual).

Para mí, conocer a estas mujeres significa darme cuenta de forma dramática, a través de señales físicas y psicológicas, de que existe un auténtica “organización del mal”. Significa aceptar que no hay límite al dolor infligido a propósito y al deseo de someter y dominar a través del terror y la violencia.

En el torturador falta empatía, emociones, sentimientos, ternura y percepción del dolor del otro. Para él, la víctima es solo carne para usar, para transformarla en una masa de dolor. El dolor y el sufrimiento sufridos durante las torturas de las víctimas son tan agudos que, muchas veces, su único deseo es morir, porque solo la muerte podrá poner fin a lo que están ya viviendo como el final. Sin embargo, en la estrategia de la agresión y la violación, la supervivencia de la víctima se convierte en un elemento fundamental, una condición esencial de su poder y una advertencia a todo el mundo: La víctima de la tortura debe sufrir pero no morir; debe estar aterrorizada, despreciada y humillada, pero tiene que seguir viva.

Por eso, para estas mujeres es fundamental escapar de todo esto. Sobrevivir se convierte en un desafío. Las mujeres inmigrantes víctimas de tortura son mujeres que huyen de su país y de sus agresores. Son mujeres que huyen del “mal”. Viven el dolor de la separación y el desarraigo, la nostalgia de los afectos, la angustia del pasado y la incertezza del futuro. En sus ojos, en su corazón y en su cuerpo no solo acumulan escenas de miseria, sufrimiento y guerra (que constituyen de por sí “demasiado dolor”) sino que además ellas mismas se

66
La mayor parte de ellas llega en un fuerte estado de shock, están asustadas, tienen miedo y no saben si se pueden fiar de nosotros. Están calladas, encerradas en sí mismas y no quieren compartir su historia, sobre todo, si han sido víctimas de una violación.



han convertido en sepulcros vivientes de las torturas sufridas y de las violaciones vividas.

Lentamente, a través del encuentro con el otro y de la restitución de la integridad de sus cuerpos y de sus corazones, cultivan la esperanza de que también para ellas pueda existir un mundo mejor y nos preguntan a diario para saber si nosotros también seremos parte, si contribuiremos a ese mundo mejor que cambiará sus vidas. Junto a una mujer torturada o violada, cada uno de nosotros, inevitablemente, tiene que decidir si “agachar la cabeza y mirar para otro lado” o convertirse en protagonista de ese cambio que, partiendo de nosotros mismos, devolverá a la víctima ese rostro y esa mirada que el agresor intentó aniquilar deliberadamente.

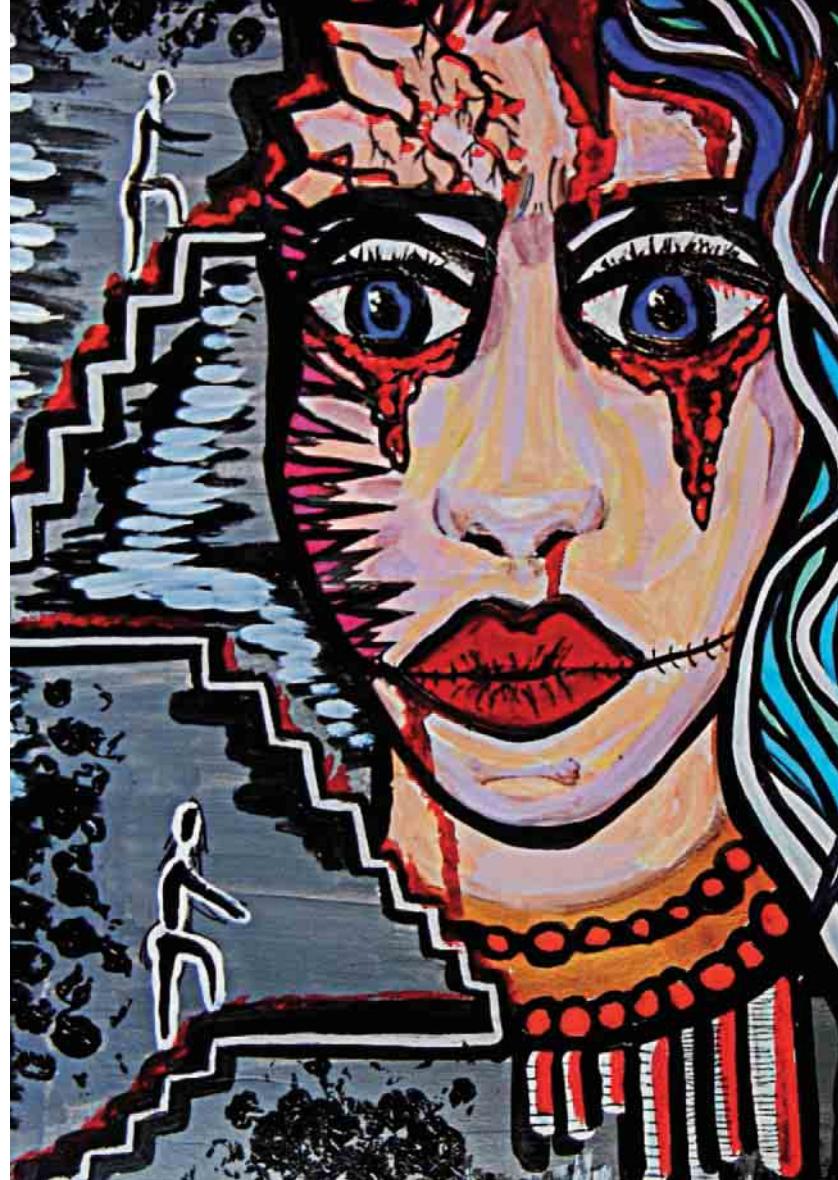
Día a día, encuentro tras encuentro, me he dado cuenta de que, para las víctimas de la tortura, el verdadero proceso curativo no puede reducirse a un gesto médico de tipo diagnóstico o terapéutico, sino que debe ir más allá, tomando como propio el compromiso de impulsar un cambio en la vida de estas personas. Por tanto, la consulta, mi consulta, no puede ser solo un medio para detectar lesiones o curar las enfermedades o heridas sino que debe convertirse en un gesto curativo capaz de “humanizar lo que otros han brutalizado y deshumanizado”.

Consulta médica, por tanto, como una restitución de la belleza de un cuerpo, de la ternura de los sentimientos, de la unidad de un rostro y de la posibilidad de soñar.

Estos pensamientos no me abandonaban desde que empecé en mi profesión, cuando con mi trato pensaba que quizás pudiera reproducir en sus cuerpos algo del maltrato que los agresores les propinaron. Descubrir que mi forma de actuar podría evocar esto ha hecho fundamental para mí dar un nuevo significado al tratamiento. Al estar con una mujer víctima de la tortura, aunque no quiera llevo a cabo unos gestos que entran en relación con sus heridas más profundas y que violan, de nuevo, sus cuerpos. Sin embargo, mi forma de actuar puede ser auténticamente terapéutica si, además de curar las heridas del cuerpo, puede devolver la humanidad a esa mujer.

Por tanto, el encuentro con la víctima de la tortura en mi ambulatorio asume los colores de un nuevo desafío: Tomando la maravillosa enseñanza de Lévinas, se hace imprescindible darles un rostro y una mirada para humanizar aquello que “los perversos agresores” intentaron deshumanizar. Al principio, la mayor parte de ellas llega en un fuerte estado de shock, están asustadas, tienen miedo y no saben si se pueden fiar de nosotros. Están calladas, encerradas en sí mismas y no quieren compartir su historia, sobre todo, si han sido víctimas de una violación.

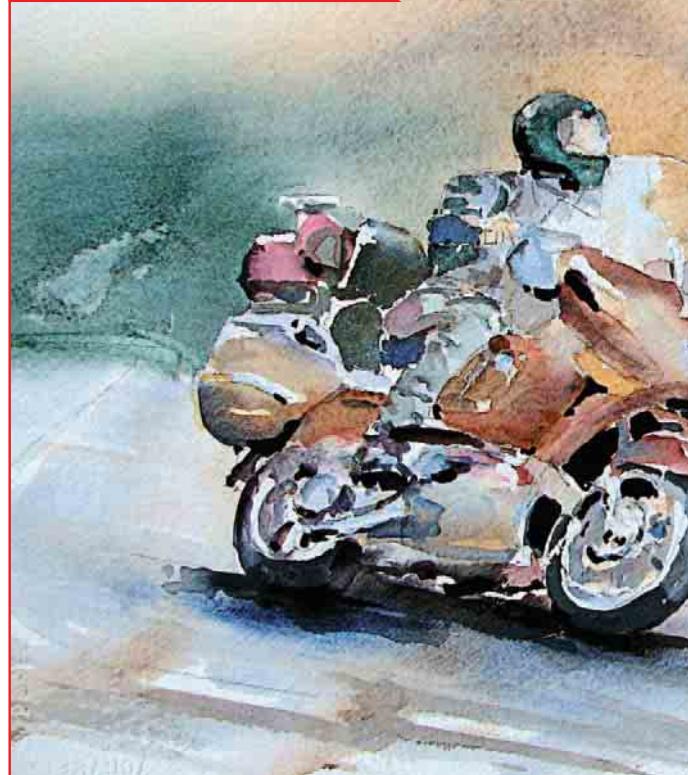
Después lentamente, muy lentamente, comienzan a revelar dolorosas vivencias en las que descubrimos privación de comida y agua; encierro en condiciones inhumanas; golpes fuertes y contundentes de todo tipo: en la planta del pie o en las palmas de las manos; torturas por suspensión o posturas agotadoras; quemaduras provocadas con líquido ardiente, ácido o cualquier tipo de instrumento; descargas eléctricas; dientes o uñas arrancados; intentos de asfixia o de ahogamiento; violaciones



y todo tipo de perversas agresiones con motivo sexual. Cuentan haber visto a personas de su misma etnia o de su misma familia torturadas o asesinadas. Reviven el horror de la propia impotencia ante los gritos de dolor o de ayuda y sufren un gran sentimiento de culpa por haber sobrevivido.

Han vivido una violencia física y sexual tan traumática que, muchas veces, desarrollan un Trastorno de Estrés Postraumático (PTSD: Post-Traumatic Stress Disorder) simple o complejo, trastorno depresivo, somatización relacionada con el trauma, trastorno por ansiedad y del sueño que agravan un cuadro ya de por sí complejo. Por último, pero no menos importante, son víctimas de lo que técnicamente se denominan fenómenos de “retraumatización secundaria”.

Para las mujeres migrantes víctimas de la tortura sufrir esta retraumatización multiplica, de forma exponencial, el efecto psicopatológico del trauma, agravando los síntomas o haciendo que otros empeoren el curso clínico (solo aparentemente no tienen relación con el trauma original). Si la tortura o la violación, eventos traumáticos originales, tienen características de extrema gravedad, los eventos retraumatizantes pueden, incluso aunque parezcan de poca envergadura, provocar una reacción



Orora

DE DARIO FERTILIO

«Preciosa», dijo la camarera limpiando la mesa.

El hombre sentado se giró hacia la motocicleta aparcada a su espalda.

«Ah, sí»,

«¿Es una superbike, ¿verdad?».

«Una Bmw S 1000 RR. ¿Usted entiende de motos?».

«Bastante», dijo la chica mirándola de nuevo mientras dejaba el trapo para explicarle a continuación: «Mi hermano tenía una parecida pero más pequeña».

«Esta es una cuatro cilindros en línea de 999 centímetros cúbicos». Y añadió: «... con los extractores de aire de branquias de tiburón. Hace también los 270 en línea recta».

«Una buena marca», reconoció la joven, «¿La ha hecho usted?».

«¿270? Sí pero ahora me lo tomo con más calma».

«¿Pero usted ha sido piloto en su juventud?».

«Sí, he corrido el Tourist Trophy hasta los cincuenta, si le interesa saberlo».

Ella no pareció asombrarse. «Todos los motociclistas que vienen a la Isla de Man lo intentan, no importa la edad. ¿En qué puesto quedó?».

«Dos veces entre los tres primeros. Tengo unos muy buenos recuerdos», murmuró para sí mismo sonriendo.

«Entonces recordará nuestro cordero Loaghtan, por si tiene ganas de probarlo. Aquí es el mejor plato. Lo servimos con pan de Bonnag, si le gustan las cosas dulces».

Cuando volvió, la joven llevaba en una bandeja una jarra de espumosa cerveza rosa.

«¿No hace frío aquí afuera?», preguntó tras haberlo servido. «Octubre es un mes húmedo por aquí».

66

No sabemos sus historias ni dónde irán, pero sabemos que cada una de ellas es hermana, madre, amiga, hija o compañera de vida. Sabemos que sus sufrimientos son nuestros sufrimientos y que sus esperanzas son nuestras esperanzas.

99

postaumática desmedida. El encuentro con el personal de uniforme (sanitarios o militares), ser recluidos en habitaciones cerradas, el sonido de las sirenas, el tono de voz alterado, olores especialmente fuertes y otras mil situaciones que pasan desapercibidas pueden ser vividas por las mujeres torturadas como una avalancha de experiencias retraumatizantes. Por eso, la consulta con una mujer víctima de la tortura significa, en primer lugar, alumbrar un encuentro entre personas para subvertir aquella situación violenta generada por los agresores entre una figura dominante y una figura sometida.

Es fundamental buscar con paciencia momentos en los que crear una relación basada en un nuevo diálogo. De hecho, nunca como en estos casos, la relación terapéutica necesita “ver y escuchar con el corazón” estableciendo un diálogo en el que las palabras pero, sobre todo los silencios, se conviertan en la dimensión de una hacia la otra. Diálogo y escucha que presuponen cercanía, esa cercanía que es el movimiento de mi mente y de mi corazón hacia el otro. Solo así, diálogo y escucha pueden dar voz a quien no tiene voz haciendo visible al invisible.

Junto al diálogo y a la escucha se presenta una nueva dimensión del tiempo entendido como sustancia de nuestra vida. Con las mujeres víctimas de la tortura, el tiempo de la consulta está evidentemente marcado por ellas hasta que puedan asumir la dimensión de una recuperación de su conciencia y de su autodeterminación. El tiempo de la relación con el otro y de su escucha como un signo tangible de su humanización y de mi agacharme junto a ellas, es el tiempo como dimensión de mi compromiso profesional. Diálogo, escucha y tiempo son dimensiones fundamentales de la relación clínico-terapéutica que permiten a la mujer torturada o violada contar y contarse a sí misma, la ayudan a controlar los silencios y las palabras, le permiten llorar y ser consolada, le permite vencer el sentido de culpa, en definitiva, la devuelve a la vida. Solo así, dentro de un lento proceso de humanización a través de la recuperación de su rostro, de una mirada y de una fisicidad robada y violada, la relación clínica podrá ser auténticamente terapéutica.

Reconocer a las mujeres inmigrantes víctimas de tortura y hacerse cargo, dando respuesta médica competente y tutelada, convierte este gesto médico en un primer paso hacia el descubrimiento de la violencia sufrida que permitirá construir, para ellas y con ellas, caminos terapéuticos y rehabilitadores, pero, sobre todo, humanizadores. En realidad no sabemos casi nada de ellas, no sabemos quiénes son ni dónde vienen. No conocemos sus historias ni dónde irán, pero sabemos que cada una de ellas es hermana, madre, amiga, hija o compañera de vida. Sabemos que sus sufrimientos son nuestros sufrimientos y que sus esperanzas son nuestras esperanzas. Sabemos con certeza que el sentido más profundo de nuestro actuar alcanza un auténtico valor a través de sus rostros y sus miradas, para que nuestra actuación represente siempre un camino humano de curación, de solidaridad y de esperanza.



Venerada en la isla británica de Man, la festividad de esta santa singular se celebra el 20 de octubre

«Pero hoy el sol calienta», respondió él, que no hincó el diente inmediatamente al Loaghtan, dándose cuenta del interés de ella por la moto. Incluso con un sol tenue, el metal brillaba de forma intensa.

«¿Y cómo ha venido ahora?», preguntó la chica, «el Tourist Trophy se corre en junio. Nadie viene a Snaefell Mountain en octubre. Es un circuito muy peligroso con la niebla y el asfalto mojado».

«¿Y quién ha dicho que quiero probar el circuito?», rebatió él al tiempo que probaba un pan de Bonnag.

«Se ve a la legua que usted no ha dejado las motos», sentenció la joven.

«Ah, ¿sí?, ¿y por qué se nota?».

«Por la forma en que la sigue deseando con su mirada».

Era cierto, no podía dejar de mirar de vez en cuando al cuerpo amarillo con extractores de aire de tiburón brillantes.

«Sí, es verdad», admitió al cabo del rato. «Porque es mi última moto y después de esta no tendré más».

«Entonces podría ser su esposa», bromeó la chica que después añadió: «este año en junio se quedaron dos iguales en el circuito. Iguales, ¿me entiende?».

«Sí», asintió y luego indicó: «vengan señores, al Tourist Trophy de la Isla de Man, la carrera más peligrosa del mundo».

«¿Sabes lo que significa estar en Snaefell Mountain?» Había una entonación clara en su pregunta.

Él cortó con cuidado un pedazo de Loaghtan, pero no se la llevó a la boca.

«Sí», dijo al final. «Fue hace ocho años, en Gooseneck».

«¿Tuvo miedo?».

«No tuve tiempo. Creo que no hay tiempo para darse cuenta cuando sucede. La moto... está de aquí... se fue sola, se me escapó como un caballo desbocado». Y mirándola, añadió: «En Gooseneck se llega a 240, a veces. Y seguramente yo conducía a esa velocidad».

«En Gooseneck», interrumpió la joven, «creo que allí no hay barreras de seguridad».

«Había uno contra el que se estampó la moto conmigo detrás. Se estrelló en una décima de segundo, con todo el peso, luego rebotó y vino contra mí. Yo ya estaba en el suelo... La moto me pasó por encima, sentí los pedales acariciarme el pelo. Continué arrastrándome por el asfalto a un centímetro del muro y sin hacerme un solo rasguño. Mientras me tocaba para comprobar si estaba entero, se cayó de mi bolsillo un amuleto».

La historia debió asombrar por fin a la joven porque se sentó en su mesa. «¿Y así se salvó? Entonces esa cosa le funcionó».

«Sí», comentó, «no creo que se tratara solo de suerte».

Comenzó a buscar en sus bolsillos hasta que encontró dos diminutas piezas de madera. Componían la figura de una mujer con el pelo en un pañuelo y ropa suelta pero algo rota. La colocó con cuidado sobre la mesa.

«Creo que más bien es obra suya. La compré el día antes en una tienda de Douglas. Es una figura de Santa Orora. Los pilotos somos supersticiosos así que me informé primero sobre quién era la patrona de la isla».

«¿Puedo?», preguntó la joven que tomó en sus manos con cuidado los dos pedazos. «¿Y esto le ha salvado la vida?», preguntó dudando antes de volver a dárselos.

«No la figurita sino Santa Orora. ¿Sabes quién era?».

«Lo acaba de decir. Una de aquí».

«Justo», respondió él, «misteriosa. Vivió en el siglo IX. Me quise documentar, pero en las crónicas no había nada sobre ella. Yo creo que su nombre proviene seguro de Aurora... y lo único que se sabe es que confesaba a los pecadores. Debía existir una iglesia dedicada a ella cerca de Douglas. La busqué, pero no encontré ni rastro».

«Entonces, ¿cómo sabe que lo ha protegido?».

Él la miró con condescendencia y respondió: «Estas cosas se saben. O se sienten. En cualquier caso, haría falta estar en Gooseneck, para estar seguro».

Entonces, aclaró la voz, tomó un poco de cerveza y añadió: «Para eso estoy aquí hoy, es una promesa. Vengo cada año el 20 de octubre para su fiesta».

«¿De verdad?», respondió sorprendida la chica. «¿Se puede vivir aquí toda la vida y no saber algo tan importante?». Dijo ella sin atisbo de ironía.

«Ahora lo sabe», respondió él. «Y hará bien en recordarlo. Puede suceder — añadió — que nosotros nos olvidamos de algunos santos, pero juraría que ellos no se olvidan de nosotros».

Ella le devolvió una sonrisa antes de dejarlo con su Loaghtan y su pan Bonnag. Pero al momento cambió de idea, se giró y le preguntó cómo se llamaba. Aunque primero se presentó ella: «Soy Agatha».

«Edmund Laycock», respondió él mientras le tendía la mano. «Llegué a ser bastante famoso. Pero ahora que usted sabe la verdad sobre Santa Orora y sobre mí», concluyó, «puede llamarme Eddie».

El autor

Dario Fertilio

(1949)

desciende de una familia de origen dálmata y vive en Milán.

Escritor y periodista, lanzó junto al disidente antisoviético Vladimir Bukovskij el Memento Gulag, la

jornada de la memoria por las víctimas del comunismo y de todos los totalitarismos que se celebra el 7 de noviembre.

Experimentó con varias formas expresivas, alternando artículos, narrativa, ensayo y teatro. Entre sus libros se encuentran *La morte rossa* (Marsilio), el ensayo *Il virus del totalitarismo* (Rubbettino) y la novela histórica

L'ultima notte dei Fratelli Cervi (Marsilio). Trata temas como la revolución ante el poder injusto, la libertad de

amar y de comunicar y la relación con lo sagrado.

Poner en práctica el amor

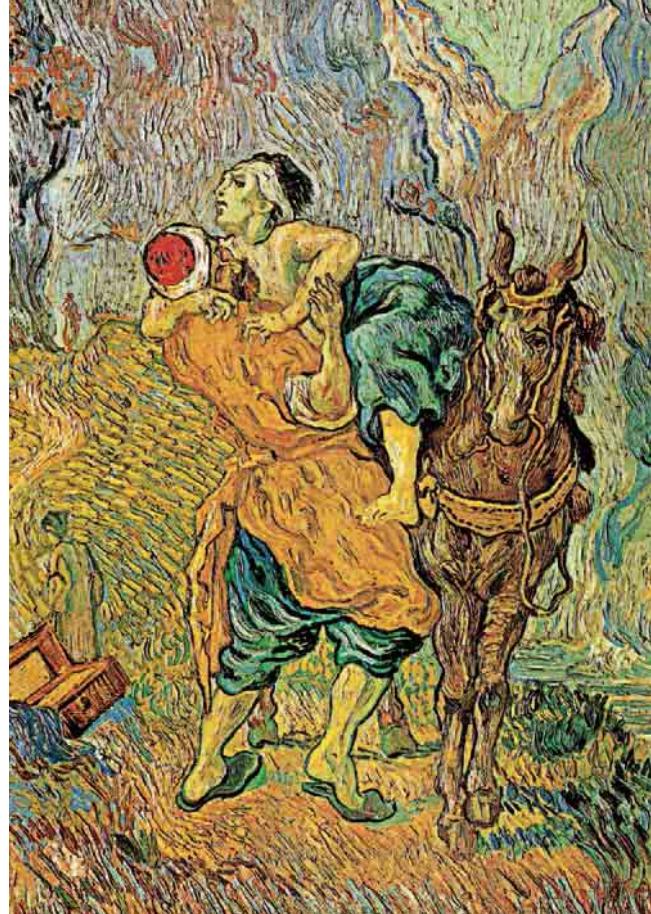
LUCAS 10, 25-37

Este Evangelio es tan conocido que nos resulta difícil escucharlo de verdad. Y, sin embargo, como dice el salmo 81, la Palabra de Dios llega a nosotros como palabras siempre nuevas, desconocidas, inauditas.

Un maestro de la Torah pregunta a Jesús sobre el punto central de su fe y, si bien su intención es provocarlo, no hay que perder de vista lo extraordinario de este diálogo. En primer lugar, Jesús responde con otra pregunta para que sea otro quien encuentre la respuesta y, de este modo, poner fin a la provocación: “¿Qué lees tú en la Torah?”. El Maestro responde: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza y con toda tu mente y al prójimo como a ti mismo”. ¡Lo extraordinario es que su respuesta es idéntica a aquella que en otros Evangelios es puesta en boca de Jesús! Este hombre coincide plenamente con Jesús sobre el corazón de la Torah y con los Profetas, todo está condensado en un único mandamiento de Amor a Dios y al prójimo.

Y Jesús le responde: “Haz esto y vivirás”. Porque esta es la intención explícita de la Torah de Dios: Que pongamos en práctica lo que Dios, revelándose, nos enseña. “Bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica” es una palabra de Jesús totalmente ajustada a la tradición común. Tratando de justificarse, ese hombre religioso pregunta a Jesús, “y quién es el prójimo?”, como si no supiera de qué forma poner en práctica el mandamiento. Aquí el Evangelio estigmatiza la tentación religiosa por excelencia, es decir, ¡la de saber lo suficiente para ser un maestro pero no poner en práctica lo que se sabe! Como justificación y no como camino y vida. El Evangelio está lleno de estas advertencias de Jesús: “Aman verse como sabios y píos pero no hacen lo que piden a otros que hagan”. “Dicen pero no hacen”.

No son las palabras de la fe las que enfrentan a este maestro de la Torah con Jesús. Lo que les sitúa en polos opuestos, y todos los creyentes corren ese riesgo, es la no voluntad de poner en práctica el gran mandamiento que el maestro recita perfectamente, es la falta de amor por los seres humanos y, por tanto, por Dios. Jesús cuenta una parábola al final de la que plantea otra pregunta que no se puede esquivar. Tenemos que repetirnos cada día en nuestro corazón aquello que Jesús le dice de este samaritano



porque es también una invitación urgente a hacernos cercanos a los seres humanos que encontramos: “Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba el hombre y, viéndolo, se compadeció de él. Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó”.

Este samaritano es un reflejo del propio Jesús que con la parábola nos invita a reconocer su compasión por nosotros. Si en la escucha del Evangelio cada uno y cada uno de nosotros ha encontrado a Jesús, ha conocido la misericordia del Señor hacia la propia miseria que nos hacía sentirnos perdidos. Y de la misma forma que el Señor Jesús se ha abajado hacia nosotros, así nos invita a hacerlo con las personas que encontramos en la miseria del dolor.

Con esta parábola Jesús nos dice que, conocer humanos frágiles y necesitados es la forma de reconocer nuestra misma humanidad en el otro que sufre. Y como dice en otra ocasión, basta con imaginar que el otro nos pertenece, que es precioso para nosotros como un hijo, o como un asno. Así sabremos qué hacer por él y cómo cuidarlo y sentiremos en nosotros el deseo y la urgencia de su salvación. Este Evangelio es siempre de una actualidad sorprendente. Aquellos con los que vivimos esperan que seamos cercanos y cada día hay nuevas personas que padecen la tragedia del hambre y de la guerra.

La diferencia entre ese hombre religioso y Jesús no está en la fe ni en la interpretación de las Escrituras, sino en el único modo de estudiarlas y de escucharlas: El ponerlas en práctica. Si cada vez que escuchamos la Palabra de Dios, lo hacemos sin la intención de poner en práctica el amor, no podremos encontrar al Señor.

Vincent van
Gogh, «El buen
Samaritano»
(1890)

Safet Zec,
«Exodus»
(colección
privada, 2017)





EN EL NUEVO TESTAMENTO

María de Magdala

DE MARINELLA PERRONI

De puntillas y poco a poco, María de Magdala ha recuperado en estos años un poco de terreno en la Iglesia de Occidente. Fue Juan Pablo II quien, en la homilía de un domingo de Pascua, gritó al mundo que ella fue la primera testigo del Resucitado. De ello se hizo eco finalmente la prensa, que parece que lo convirtió en el descubrimiento del siglo. Pocos se preguntaron por qué se han necesitado siglos y siglos para que la narración del Evangelio de San Juan, escrita hace dos mil años, fuera recibida tal y como había sido escrita. Pero no importa, la brecha fue definitivamente abierta. El Papa Francisco decretó que la celebración de María de Magdala fuese elevada de memoria a fiesta litúrgica y, desde hace dos años, en la misa del 22 de julio se la celebra como al resto de los apóstoles. Testigo, apóstol. Parecen definitivamente descartadas todas aquellas imágenes que, la producción iconográfica occidental además de la literatura y también la cinematografía, habían contribuido a fijar en el imaginario de generaciones de cristianos: la fantasía de una mujer sensual, prostituta y amante a la vez.

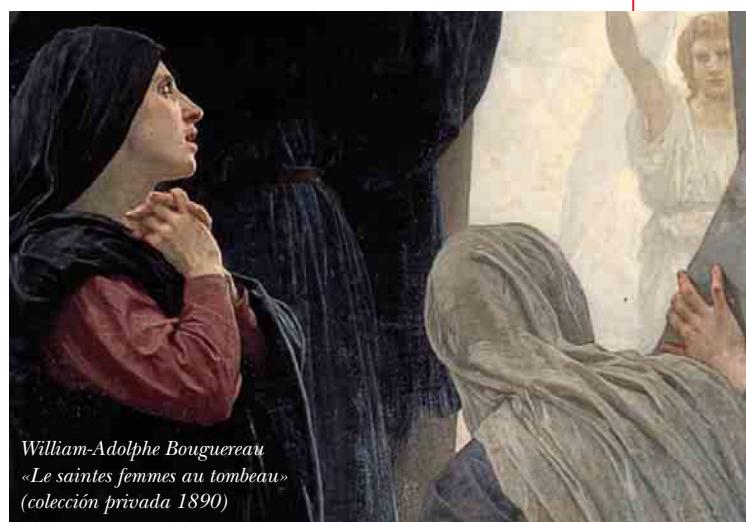
Después de tantas leyendas, a María le fue devuelta la sobriedad del relato evangélico. En realidad, desde hace tiempo estudiosos y estudiosas habían intentado hacerlo, pero se necesitaba la autoridad de dos Pontífices para comenzar a purificar la memoria en la Iglesia latina. No ha sido así para la Iglesia de Oriente que, desde siempre, en el tercer domingo después de Pascua, celebra la fiesta de las mujeres miróforas, es decir, aquel pequeño grupo de mujeres que, encabezadas por María de Magdala, llevaron la mirra para ungir el cuerpo del maestro muerto, fueron al sepulcro y, en consecuencia, resultaron las primeras en recibir el anuncio de la resurrección. Para la Iglesia de Occidente fue necesario superar un equívoco que durante mil quinientos años ha marcado profundamente la historia de la espiritualidad, sobre todo, para las mujeres. Un equívoco que viene de lejos, del éxito de una homilía de San Gregorio Magno en la que, entre las mujeres evangélicas, habla de una única "María". Para el gran Papa, la pecadora anónima del Evangelio de Lucas que lava los pies a Jesús con sus lágrimas (7, 36-50); María de Betania que, según Juan, unge proféticamente la cabeza del maestro en la noche de la traición (Juan

12, 1-8); y aquella María cuyo maestro se niega aún a abrazar la mañana de Pascua (Juan 20, 11-18), son la misma. Esto crea, por tanto, el prototipo de la mujer que sigue a Cristo, es decir, la prostituta penitente hija de Eva rescatada al final del pecado que cada mujer, solo por el hecho de serlo, introduce en el mundo y en la historia.

El binomio Eva-Magdalena tiene, por otro lado, raíces antíquissimas porque está presente ya en los antiguos escritores cristianos como Hipólito, en Padres de la tradición griega como Gregorio de Nisa o, más tarde de tradición latina como Hilario de Poitiers o Ambrosio.

Desde los primeros siglos, los grandes Padres se han preguntado sobre esta figura, sobre todo porque era muy difícil para ellos aceptar que el Resucitado hubiera querido reservar una aparición individual precisamente a ella. Ningún evangelista habla de una aparición a Pedro, aunque hay una referencia al final del relato de los dos discípulos de Emaús (Lucas 24, 34).

De su experiencia de la resurrección se habla ampliamente en los cuatro evangelios. En el de Marcos, que contiene el más antiguo relato de la Pasión, y en los otros dos sinópticos, María está a los pies de la cruz (Marcos 15, 40-41; Mateo 27, 55-56; Lucas 23, 49), en la sepultura (Marcos 15, 47; Mateo 27, 61; Lucas 23, 55-56) y la mañana de Pascua en el sepulcro vacío donde los discípulos galileos reciben el primer anuncio de la



William-Adolphe Bouguereau
«Le saintes femmes au tombeau»
(colección privada 1890)

resurrección (Marcos 16, 1-8; Mateo 28, 1-10; Lucas 24, 1-11). En el más reciente de los Evangelios, el de Juan, María está a los pies de la cruz (19, 25) pero, sobre todo, es la destinataria de la única aparición individual del Resucitado (20, 1-2,11-18). Tampoco se puede olvidar que Lucas la menciona junto a los doce y a la cabeza del pequeño grupo de discípulos que siguen a Jesús durante su ministerio en Galilea (8, 1-3).

Pero Pablo, cuya su experiencia del galileo se concienta en los hechos de la Pascua, parece no saber nada de estos testimonios de la resurrección. Es más, Pablo actúa como caja de resonancia de una antigua fórmula de fe por la que María y las demás discípulas galileas son eliminadas de la lista de testigos de la resurrección: En el origen del kērygma pascual habrían estado presente solo un número de discípulos a los que se les apareció el Resucitado, todos hombres (1 Corintios 15, 3-7).

Así, la deformación de la memoria comienza muy pronto y, por desgracia, sirve poco recuperar las antiguas tradiciones narrativas sobre los hechos de la Pascua que insisten en el protagonismo de las discípulas por parte de los cuatro evangelistas. Es precisamente a partir de los relatos evangélicos de donde debe partir el movimiento para recuperar la memoria. Porque Jesús de Nazaret no se puede reducir a uno de tantos mitos soteriológicos que han acompañado a los últimos tiempos de un imperio en decadencia, ni a la poderosa ideología que permite a ese imperio recomponerse en una nueva unidad. Jesús "nació de una mujer" y, como base de cualquier reflexión cristológica, debe situarse la pregunta de sus paisanos: "¿Acaso no es este Jesús, el hijo de José?, ¿no conocemos a su padre y a su madre" (Juan 6, 42). Lo mismo se puede decir de sus discípulos y discípulas que no son todos figuras literarias, personajes ficticios que pueblan pequeños relatos míticos sobre un carismático profeta, sino que son hombres y mujeres que han creído en Él mientras convocaba a todo Israel, porque el reino estaba cerca, que le siguieron y que, después de su muerte, creyeron que el Padre lo resucitó de entre los muertos.

Los discípulos y discípulas, en definitiva, han vivido concretamente el difícil camino que va del discipulado del nazareno al seguimiento del Resucitado y, es precisamente aquí, en este camino, donde María de Magdala juega un papel decisivo. El testimonio de los evangelistas es a este respecto inequívoco. Solo a partir de estos textos es posible reconstruir la imagen auténtica, libre de malentendidos y manipulaciones, de la María discípula, testigo y apóstol.

Si los cuatro evangelistas canónicos coinciden en reconocer a María un papel principal en la génesis de la fe pascual, es también cierto que los sinópticos y Juan



modulan este dato histórico sirviéndose de diferentes registros teológicos. Para demostrar la creatividad con la que es conservada y transmitida la memoria de esta discípula está el valor fundacional que ha tenido para la constitución de las diferentes Iglesias protocristianas.

La tradición sinóptica, aún con sus sombras, atribuye a la figura de María y de las demás discípulas galileas un claro carácter kerigmático: Estas mujeres están estrechamente relacionadas con el anuncio cristiano y con su difusión, en primer lugar, como testigos de la muerte, de la sepultura y de la resurrección, y después como las primeras destinatarias del anuncio pascual y, por tanto, como mensajeras de la Buena Noticia.

No debería sorprender si, dentro de dos culturas patriarcales como la judía y la greco-romana, su protagonismo hubiera sido diluido a consecuencia de la



La autora

Imparte clases de Nuevo Testamento en el Pontificio Ateneo San Anselmo de Roma y es profesora invitada en la Facultad Teológica Marianum. Fundó la Plataforma de teólogas italianas (2003) que presidió desde 2004 al 2013. Desde el 2013 es vicepresidenta del comité científico de la Biblia. Entre sus publicaciones recientes se encuentran: *Las mujeres de Galilea. Presencia femenina en la primera comunidad cristiana* (Edb, 2015), *María de Magdala. Una genealogía apostólica* (con Cristina Simonelli, Aracne, 2016) y *A Dios nunca lo ha visto nadie. Una guía para el Evangelio de Juan* (con Pius-Ramon Tragan, San Pablo, 2017).



ran particularmente importantes por lo que respecta a la elaboración de la fe cristológica. Totalmente en línea con el resto del Evangelio, el protagonismo pascual de María de Magdala no puede, en consecuencia, sorprender.

Se debería dar mayor relieve a la presencia a los pies de la cruz, junto a María de Nazaret y al discípulo amado, de María de Magdala, testigo de la entrega que ha dado vida a la comunidad de los que creen en el Resucitado. Bajo la cruz, la discípula galilea, en silencio, es testigo de la última voluntad de Jesús para la nueva comunidad discipular: La comunidad del discípulo amado debe acoger a María, tiene que ser fiel a la encarnación aceptando a Aquel que ha sido exaltado y que ha nacido de mujer (19, 25-27). Para Juan, su participación en la muerte de Jesús no tiene el valor de testigo ocular, como para los sinópticos, sino que es más bien propedéutica a la investidura apostólica que recibirá “el primer día de la semana” en el jardín donde José de Arimatea y Nicodemo enterraron el cuerpo de Jesús (19, 38-42).

De hecho, poco después, en ese jardín, será donde ella acepte, por primera vez, no permanecer anclada al recuerdo del maestro muerto sino ser discípula de quien ascendió al Padre. Para María, la experiencia del Resucitado comportará el paso de un conocimiento a otro, del conocimiento del Maestro al conocimiento del Resucitado, y será revestida del Resucitado mismo, del papel de anunciar a los discípulos la nueva calidad de la relación que la exaltación de Jesús ha establecido tanto entre el resucitado y los suyos como entre los propios discípulos (20, 17-18). María de Magdala encarna en ella misma la síntesis de la cristología de Juan, fuertemente caracterizada por la polaridad encarnación-exaltación.

La pregunta se impone: ¿A qué se debe la amnesia que ha llevado a la tradición a excluir a María de Magdala de la historia de Jesús y de su comunidad discipular antes y después de la Pascua al sugerir innumerables leyendas que, aunque han conservado el recuerdo de su figura, lo han alterado y lo han hecho insignificante para la historia de la Iglesia? Solo una mirada a la historia de la llamada tradición apócrifa permite entender que dentro de algunas comunidades marginales el papel de esta mujer era reconocido y respetado. En realidad, incluso en la tradición de la Iglesia se ha alzado de vez en cuando alguna voz que aportaba luz sobre la importancia de María de Magdala. Basta con recordar las palabras de Rabano Mauro cuando afirma que Cristo elige a María de Magdala apóstol de su ascensión premiando con una digna recompensa de gracia y de gloria y con el privilegio de honor a aquella que por sus méritos dignamente era la guía de todas sus colaboradoras, la que poco antes había elegido como evangelista de su resurrección.

La voz del abad de Fulda y arzobispo de Maguncia de comienzos del siglo IX ha permanecido, aunque como la de muchos otros, de forma marginal. Podemos solo esperar que no suceda esto a dos Papas como Juan Pablo II y Francisco, que han recuperado para la Iglesia Latina a la María de Magdala evangélica, discípula de Jesús, testigo de su resurrección. Como la definió el Papa Francisco en su catequesis del 17 de mayo de 2017, “apóstol de la nueva y la más grande esperanza”.

*Giovanni
Girolamo
Savoldo «María
Magdalena»
(colección privada,
1535-1540)*

incredulidad de parte de los discípulos (Marcos 16, 11; Lucas 24, 11). En realidad, sucede, al contrario. De hecho, que ninguna preocupación apologética haya podido expulsarlo de los relatos pascuales es la prueba de su arraigo en las más antiguas tradiciones históricas: Poco tiempo después de los hechos, ¿quién podría haber estado en silencio sobre los detalles que obviamente tenían que ser de dominio público? Es más, en la segunda conclusión del Evangelio de Marcos, se recoge el motivo de la aparición del Resucitado a María de Magdala, algo que no hace más que confirmar lo importante que era para las iglesias nacientes conservar la memoria de esta discípula como la líder del grupo de mujeres que seguían y servían a Jesús.

Es sobre todo el Evangelio de Juan el que perfila con fuerza el papel apostólico de María de Magdala. En realidad, dentro de la narración de Juan son las figuras femeninas, -la mujer de Samaria, Marta, María de Betania y María de Magdala y, dos veces, la madre de Jesús-, las que juegan un papel decisivo. Tal estrategia narrativa, que hace intervenir a los personajes femeninos en los momentos cruciales para la revelación de Dios a través de Jesús, no puede ser casual y, por tanto, es lícito pensar que, dentro de la comunidad, las mujeres creyentes fue-



formación de excelencia
a tu medida



salamanca

GRADOS
Administración y Dirección de Empresas Tecnológicas (ADET)
Ciencias de la Actividad Física y del Deporte
Comunicación Audiovisual
Enfermería
Ingeniería Informática
Logopedia
Maestro en Educación Infantil
Maestro en Educación Primaria
Marketing y Comunicación
Periodismo
Psicología
Publicidad y RR. Públicas

LICENCIATURAS

Derecho Canónico
Filosofía
Teología

DOBLES GRADOS

Ingeniería Informática + ADET
ADET + Ingeniería Informática

madrid

GRADOS
Enfermería
Fisioterapia
LICENCIATURA
Teología



DESCÁRGATE
LA APP
DE LA UPSA



Ven a visitarnos

promocion@upsa.es
Tel. 923 277 100 * Ext. 7471

SERVICIO DE INFORMACIÓN AL ESTUDIANTE (SIE)
C/ Compañía, 5. 37002 Salamanca
Tel. 923 277 150 * sie@upsa.es

www.upsa.es